

MANUEL LOMBARDERO

OTRO DON JUAN

Vida y pensamiento de Juan Valera

Índice

Prólogo 9

1. Primera estación 13
2. ¿Para qué sirve? 23
3. Nápoles 31
4. *La muerta* 39
5. De nuevo en Madrid 49
6. Lisboa 59
7. Estébanez Calderón 69
8. Río de Janeiro 79
9. Primer matrimonio 91
10. Doña Mencía 99
11. París-Dresde-Madrid 107
12. Rusia 119
13. Padre de la patria 131
14. La consagración 139
15. Segundo matrimonio 153
16. A la tercera va la vencida 167
17. La boda 179
18. La Gloriosa 191
19. La república 205
20. *Pepita Jiménez* 215
21. Plenitud creadora 227
22. *Asclepigenia* 239
23. Lisboa otra vez 253

24. El ferro-carril	263
25. Washington	273
26. Los versos	287
27. Bruselas	297
28. Volver a empezar	309
29. «El centenario»	323
30. Viena	337
31. <i>La buena fama</i>	351
32. De nuevo escritor	365
33. <i>Genio y figura</i>	379
34. <i>Morsamor</i>	391
35. El <i>Florilegio</i>	403
36. Penúltima estación	415
37. Final de trayecto	429

Notas	435
-------	-----

Bibliografía	441
--------------	-----

Agradecimientos	445
-----------------	-----

Índice onomástico	447
-------------------	-----

Prólogo

Regreso de Don Juan Valera

A los demás escritores españoles de entonces se les ve más o menos encajados en su tiempo, el que va desde los últimos años del romanticismo hasta el mil novecientos de los modernistas y la gente del 98; sólo Don Juan Valera parece ajeno a lo que le rodea, viviendo y escribiendo en una tierra de nadie que tiene nostalgias de los clásicos y un perfume medio evaporado del siglo XVIII. Es un hombre distinto a sus contemporáneos, intemporal, impermeable a las fiebres realistas que hicieron estragos en toda Europa; un caballero a la antigua —o de siempre o de nunca, no se sabe— que raramente perdía la compostura, la educada sonrisa, la ambigüedad más hábil para no comprometerse.

Cuando habla de él Azorín entra a degüello, aunque con finuras: «No llegó nunca en sus obras a hacer sentir la emoción del dolor y de lo trágico. Mariposeó sobre todo como un discreto y amable hombre de mundo.» Así aparece, muy bien reflejado, en este libro de Manuel Lombardero, que al hilo de la copiosísima correspondencia de Valera va describiendo el personaje entre luces y sombras, ridiculeces y estampas muy humanas de frustración y melancolía que se deja ver en palabras bien escogidas y pulcras.

La verdad es que casi hasta el borde de la vejez fue un zascandil ilustrado, afanoso por hacer carrera política —sin importarle mucho cómo o con quién—, siempre detrás de lo que él llamaba «el turrón», es decir, las sinecuras oficiales, cargos públicos poco trabajosos que

hoy se llamarían simplemente enchufes. Lo suyo era vivir bien, residir en lugares exóticos y a poder ser divertidos, Nápoles, París, San Petersburgo —a las órdenes del duque de Osuna—, Lisboa, Río de Janeiro, Washington, Bruselas, Dresde...

Nadie más viajado que él en las letras españolas, sus compañeros escritores debían de parecerle un poco palurdos. Parece haberlo visto todo y haberlo leído todo; y por impulso vital conquista a todas las mujeres que se le ponen a tiro, presume de dandy con sus camisas de seda, y de joven apuesto e irresistible. Ya sesentón una joven norteamericana se suicidó por su amor, quizá ni a Casanova ni a Lord Byron les pasaban esas cosas.

Galante, dándoselas de poeta (aunque sus versos eran malísimos), y, con mayor justificación, de persona culta, con sólidas lecturas, refinamiento y buen gusto, lo que deseaba más que nada lo consiguió muy pronto: ser un figurón en la vida política española, autor —con más fama que lectores—, académico, diputado, senador, diplomático (en la diplomacia «con bailar bien la polka y comer pastel de foiegras está todo hecho»), crítico estimable, ensayista filosófico... Y también novelista, aunque hay que admitir que hoy apenas leemos sus novelas, palidísimas, de buena crianza, escritas con esmero, cualquier cosa menos apasionantes.

En su juventud se quejaba de «no tener qué decir», y Lombardero acota desengañadamente y con razón: «Nunca tendrá mucho.» Cuando ha rebasado los treinta años, preocupado y atormentado por su propia inanidad, escribe: «Yo por mi carácter no llegaré nunca a ser nada», pero llegó a ser Don Juan Valera, que no es poco.

Lo más atractivo de él, quizá más que sus libros, es su perfil, que estudia bien Lombardero, matiz a matiz, frase a frase, todas reveladoras. El perfil que él mismo va dibujando en sus cartas, estupendas, porque tenía ángel epistolar, buena pluma, suelta, natural, graciosa, por lo común atildada, pero con un punto de desgarro andaluz.

De este modo nos contaba lo que era, lo que sentía y lo que estaba haciendo, por así decirlo en los márgenes de su carrera. Enamoradizo, cambiante, atolondrado, epicúreo, pendiente del dinero. «Si yo acertase a escribir para el teatro con éxito, no sólo viviría bien, sino espléndidamente», o «crea usted que si yo tuviese seis o siete mil duros de rentas, hacía renuncia del cargo de diputado y me iba a París a vivir...».

Y el primer paso hacia estos ideales es un matrimonio de conveniencia, que prevé cautelosamente en todos sus detalles hasta equivocarse de medio a medio; ironías de la vida, se casa con la persona menos adecuada desde todos los puntos de vista, y eso va a contribuir a aumentar su despego del mundo real, al que tan aficionados eran los escritores de la época.

Con vocación tardía de novelista, «más crítico que entusiasta», como se define a sí mismo, ya cuando le vemos diciendo pestes de Balzac de un modo poco sagaz y muy malhumorado, puede temerse lo peor: que Dios no le haya llamado por ese camino, aunque sería difícil decir por cuál. Sus modelos, como la poesía de Quintana, no pueden ser más acartonados, y más que como coetáneo de esos escritores maniáticamente fieles al dato, a la crudeza más sangrante de lo real, le vemos como un aristócrata empelucado, del siglo de las luces; ingenioso, libertino, impecable de maneras, rebosante de civilización ya faisandée, amigo de doctos latinos y de citas griegas, vagamente descreído, aunque sin exagerar. Todo eso cuando Isabel II y la Restauración, como si nunca se hubiera tomado la Bastilla, anacrónico contumaz para defenderse del asedio de las adversidades.

Que con el tiempo cayeron sobre él agobiándole y haciendo de Don Juan un anciano patético que no se sabe si despierta nuestra admiración, pero al que sí vemos con mayor cercanía humana. La biografía de Lombardero, que no es blanda con el personaje —y éste es uno de sus muchos méritos—, subraya muy bien ese final del hombre lleno de honores, pero averiado, arrinconado y abatido: «Me declararé viejo, jubilado e inválido», dice.

Con innumerables achaques, sin dientes, ciego y casi sordo, andando penosamente, después de un amargo matrimonio y de la muerte de algunos de sus seres más queridos, dudando del valor de su obra —porque no era nada tonto—, sin dinero, como de costumbre... Dictando a su secretario Morsamor, la última y la más imaginativa de sus novelas. Cuando ya sólo le quedaba la imaginación para consolarse de la vida.

Manuel Lombardero, después de su magnífico libro sobre Campoamor, en éste, si cabe más agudo y documentado, nos cuenta la

trayectoria de ensueños y fracasos, de grandezas y miserias de Don Juan Valera. Con rigor y humor, en ocasiones, cuando el tema lo exige, con severidad, y siempre buscando el rostro oculto de un personaje que representa muy bien el papel que se ha impuesto, pero que necesita mostrarse tal cual es, su verdad sin máscaras, en un memorable epistolario. Gracias a esta biografía ahora conocemos mucho mejor a aquel inquieto hombre de mundo que soñaba con ser otra cosa.

CARLOS PUJOL